

ÍNDICE

<i>Nota previa</i>	9
--------------------------	---

EDAD DE PLATA (1900-1936)

El magisterio de Juan Ramón Jiménez	17
Antonio Machado y las promociones poéticas posteriores	34
La ciudad en la poesía contemporánea	46
Los ‘otros’ poetas del 27: heterodoxos y transgresores	60
Heroínas poéticas en la Edad de Plata	74
Tradición y vanguardia en la poesía de José Moreno Villa	90
Rafael Alberti en la encrucijada estética de 1927	104
La edición poética en la Edad de Plata	125
El 27 y la fotografía	136
Pablo Neruda llega a España	149

DE LA GUERRA AL SIGLO XXI

El poeta en la guerra: Miguel Hernández	173
Luis Cernuda y el exilio en Gran Bretaña	194
Las poéticas de José Antonio Muñoz Rojas	214
Vicente Aleixandre y el proyecto editorial de <i>Desamor</i>	230
Censura y edición poética durante la dictadura de Franco: <i>Pido la paz y la palabra</i> , de Blas de Otero	247

José Manuel Caballero Bonald y la revolución cubana	267
La poesía del profesor Rozas	288
Ocaso en Manhattan: <i>Cuaderno de Nueva York</i> , de José Hierro	316
El lector fiel de <i>Vista cansada</i> , de Luis García Montero	329
La mirada indagadora de Lorenzo Oliván	339
<i>Bibliografía</i>	355

EL POETA EN LA GUERRA: MIGUEL HERNÁNDEZ

Pese a lo corto de su vida —sólo treinta y dos años— y a tratarse de un autor relativamente reciente, pocas figuras de nuestras letras han despertado tanta atención de los investigadores como Miguel Hernández.¹ Seguramente ese interés se debe a la importancia de su obra literaria, también a las circunstancias en que se desarrolló su vida, a la transformación de joven campesino en poeta culto y luego soldado, y la consiguiente y rápida evolución de su lírica; pero a mi juicio se debe sobre todo a su trágica experiencia en los frentes de batalla y luego en las cárceles franquistas, donde sus amigos consiguieron evitar su ejecución sumarísima pero no la lenta condena de la enfermedad y por fin su muerte agónica. Parece fuera de toda duda que fueron los años de la guerra los que acabaron de definir su personalidad y la de su legado más relevante para las generaciones actuales y futuras. Por eso resulta profundizar sobre esa intensa y determinante fase de su etopeya y el significado de su actuación en ella, pues como Eutimio Martín, su más reciente biógrafo, afirma:

La vida y la obra de nuestro poeta han quedado encastradas y definitivamente adscritas al acontecimiento más trascendental de la historia de España del siglo XX: la Guerra Civil [...] Miguel Hernández encarnaba el meollo de la causa republicana: la conquista de la dignidad personal contra la opresión económica de la oligarquía y la ideológica de la Iglesia Católica. Así es como su nombre conlleva

¹ Juan Guerrero Zamora, *M. H., poeta (1910-1942)*, Madrid, El Grifón, 1955; Concha Zardoya, *M. H. (1910-1942). Vida y obra. Bibliografía. Antología*, Nueva York, Columbia University, 1955; Elvio Romero, *M. H.: destino y poesía*, Buenos Aires, 1958; Juan Cano Ballesta, *La poesía de M. H.*, Madrid, Gredos, 1963; Claude Couffon, *Orihuela y H. H.*, Buenos Aires, Losada, 1967; Francisco Martínez Marín, *Yo, Miguel. Biografía y testimonios del poeta M. H.*, Orihuela, Fénix, 1972; Vicente Ramos, *M. H.*, Madrid, Gredos, 1973; José María Balcells, *M. H. corazón desmesurado*, Barcelona, Dírosa, 1975; Jesús Poveda, *Vida, pasión y muerte de un poeta, Memoria-Testimonio*, México, Oasis, 1975; Manuel Muñoz Hidalgo, *Cómo fue M. H.*, Barcelona, Planeta, 1977; Jacinto Luis Guereña, *M. H.: Biografía ilustrada*, Barcelona, Destino, 1978; Federico Bravo Morata, *M. H.*, Madrid, Fenicia, 1979; Josefina Manresa, *Recuerdos de la viuda de M. H.*, Madrid, La Torre, 1980; María de Gracia Ifach, *Vida de M. H.*, Barcelona, Plaza y Janés, 1982; Darío Puccini, *M. H.: vida y poesía y otros estudios hermandianos*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1987; Juan Guerrero Zamora, *Proceso a M. H. El sumario 21.001*, Madrid, Dossat, 1990; Agustín Sánchez Vidal, *M. H., desamordazado y regresado*, Barcelona, Planeta, 1992; Pedro Collado, *M. H. y su tiempo*, Madrid, Vosa, 1993.

toda la inmensa carga social y humana, colectiva e individual, visible y oculta de esta aguda encrucijada de la historia.²

A lo largo de los últimos decenios las sucesivas aproximaciones a la figura de Miguel Hernández han ido dilucidando su trayectoria durante la guerra no sin algunas contradicciones, confusiones y polémicas, derivadas en gran medida de las azarosas circunstancias de aquel tiempo y de la carencia de una documentación precisa y ordenada. Sabemos que el 18 de julio de 1936, día en que el sector fascista del Ejército, con el apoyo de la Iglesia y de quienes representaban los intereses del Capital, se sublevó contra el legítimo gobierno de la República Miguel Hernández era un joven de 25 años, nacido en Orihuela (Alicante), de una familia campesina, propietaria de un rebaño de cabras del que el niño Miguel fue pastor con frecuencia. Había estudiado hasta los quince años en el colegio de los Jesuitas, quienes quisieron darle una beca para que continuara sus estudios. Pero su padre la rechazó pues deseaba que se dedicara al pastoreo. Aún así, de manera autodidacta, hizo estudios de derecho y literatura; y sobre todo leyó cuanto pudo y empezó pronto a escribir con avidez. En su pueblo formó grupo literario con otros jóvenes en torno al abogado Ramón Sijé, y publicaron la revista *El gallo crisis* de inspiración cristiana.

En los primeros años de la República se trasladó a Madrid, donde trabajó en la editorial Espasa Calpe gracias a la recomendación de José María de Cossío, y entró en contacto con el grupo de los poetas del 27, y participó en actividades colectivas y tertulias como uno más del ambiente poético madrileño, donde sobre todo fue muy amigo de Pablo Neruda y de Vicente Aleixandre. Había publicado dos libros de poemas: *Perito en lunas* (1933), poemario misceláneo de estética gongorista, y *El rayo que no cesa* (1936), libro de sonetos amorosos en el que la crítica ha encontrado huellas de varias mujeres diferentes, entre ellas su novia de siempre, Josefina Manresa, la pintora Maruja Mallo que ya había mantenido una apasionada relación con Rafael Alberti a finales de la década de los 20, y la poeta murciana María Cegarra.

Por el trabajo de síntesis de José Luis Ferris³ sabemos que el inicio de la sublevación le sorprendió en la capital y no en Orihuela, donde no iría hasta el 29 de julio. Los sucesos de esos primeros días en Madrid fueron decisivos para el desarrollo de la guerra, pues la resistencia al golpe de estado con el aplastamiento

² Eutimio Martín, *Miguel Hernández. El oficio de poeta*, Madrid, Aguilar, 2010, pág. 27

³ José Luis Ferris, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de hoy, 2002. Las aportaciones de Ferris han sido compendiadas en Manuel Ramón Vera Abadía, *M. H. en el laberinto de la guerra civil*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2005.

de los sublevados del Cuartel de la Montaña, determinó la inviabilidad del éxito relámpago que esperaban los militares fascistas. Pero Miguel no participa en ese hecho de armas, pendiente como estaba de viajar al lado de su novia, con la que la relación parecía ya firme tras anteriores vicisitudes.

El asesinato en Elda del padre de Josefina Manresa, guardia civil, que dejaba desamparada a la familia, retrasa el regreso de las vacaciones. El poeta no vuelve a Madrid hasta el 18 de septiembre. Entonces toma la decisión que marcará su actuación en la guerra: el día 23 acude con su cuñado a alistarse como voluntario en el 5º Regimiento, la organización mediante la que el Partido Comunista canalizó la participación de sus afiliados —y Miguel lo era con número de carnet 120.295—. José Luis Ferris destaca⁴ que en lugar de acudir en su condición de escritor a la Alianza de Intelectuales Antifascistas, como tantos otros que optaron por una actividad bélica de propaganda acorde con sus cualidades intelectuales y literarias, el oriolano eligió libremente desde un principio actuar como un joven mecanógrafo de veintiséis años más que acude, sin buscar privilegio alguno, en defensa de la República. Sobre este aspecto, que en mi opinión fue singularmente importante porque distinguirá respecto a otros no sólo su peripecia personal durante y al final de la guerra, sino también su poesía, volveremos pronto. Repasemos ahora someramente su hoja de servicios bélicos.

Apenas dos días más tarde, el 25 de septiembre, es incorporado a la Brigada de Fortificaciones como zapador, seguramente por su origen campesino, y enviado al pueblo madrileño de Cubas para cavar trincheras defensivas ante el avance de las tropas fascistas que en esa dirección habían ocupado ya Talavera de la Reina. En el frente, con la pala en las manos y el arma al lado, dentro de las zanjás, conocerá el rostro más despiadado de la guerra: el bombardeo y la muerte del compañero; el peligro de las balas enemigas, una de las cuales atravesó superficialmente la hombrera de su chaqueta de pana, sin llegar a herirle, cerca de Ciempozuelos, según refiere su amigo el joven poeta sevillano Antonio Aparicio;⁵ conocerá la enfermedad, que le obligará a ser evacuado a Madrid para reponerse; también la miseria y el hambre. Una experiencia que no olvidaría y que aflora de continuo a sus versos.

Algunos afirman que por indicación de Vicente Aleixandre y gestiones de Emilio Prados sus mandos comprendieron que estaban desperdiciando las cualidades de Miguel, que éste sería más útil con la pluma en la mano que con el pico y la pala. Aunque el periodista cubano y voluntario internacionalista Pablo de la Torriente

⁴ *Ibid.*, pág. 337.

⁵ Antonio Aparicio, «El rayo que no cesa», *Revista de Guatemala*, 6, 1953, pág. 120.

Brau, comisario político del 5° Regimiento, afirma que fue él quien descubrió su talento y le reclamó para el cargo de comisario político del departamento de cultura de la 10ª Brigada de la 11ª División, al mando de Enrique Lister, del 5° Regimiento, comandado por Valentín González, *El Campesino*, ambos de extracción civil pero con gran talento militar y extraordinariamente populares entre sus hombres y en el conjunto de la población republicana: «El día 25 [de noviembre] creo que lo pasé todo en Alcalá. Descubrí un poeta en el batallón, Miguel Hernández, un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de zapadores. Lo nombre jefe del departamento de Cultura».⁶

A partir de entonces, con la ayuda de Aparicio, Miguel ordena la biblioteca, prepara periódicos murales, elabora el periódico de la brigada, *Al Ataque*, y organiza actos que sirvan de distracción y estímulo para los combatientes, como el que menciona Pablo de la Torriente en su carta del 28 de noviembre:

Una función que improvisamos en la nave de la iglesia, con la colaboración de María Teresa, Rafael Alberti, Antonio Aparicio, Emilio Prados y Miguel Hernández, y en la que participaron también varios milicianos y milicianas. Fue una fiesta alegre, para levantar el ánimo a los hombres que en esta ciudad, un poco gris siempre en este tiempo de otoño, es un poco cansada y tristona. Y se les enseñó a los milicianos la canción del Quinto Regimiento, que es muy bonita.⁷

Miguel Hernández acude cotidianamente al frente de batalla, en localidades cercanas a Madrid, como Majadahonda —donde morirá Pablo de la Torriente el 19 de diciembre siguiente—, Pozuelo, Alcalá de Henares, etc., aunque vuelve todas las noches, bastante tarde, a dormir en la sencilla habitación que le dejan en la sede de la Alianza de Intelectuales, el palacio de los marqueses de Heredia-Spínola. Allí recibe las cartas de su novia, que mantienen su esperanza en una futura vida familiar en paz. Y sale muy temprano cada día para incorporarse a su puesto. Así lo testimoniaría su amigo Jesús Poveda, que junto a su paisano Carlos Fenoll, fue a visitarlo un día: «Iba muy abrigado, con chamarra de gruesa tela forrada con piel de becerro. Llevaba al cinto un arma automática que ignoro si la llegaría a usar en algún momento. Nos habló de su vida en el frente y que se quería acostar temprano para levantarse de madrugada».⁸

⁶ Pablo de la Torriente Brau, *Cartas y crónicas de España*, selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, La Habana, Ediciones La Memoria, 1999, pág. 145.

⁷ *Ibid.*, pág. 147.

⁸ *Apud.* José Luis Ferris, *Miguel Hernández: Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, pág. 349.

Los meses de noviembre de 1936 a febrero de 1937 fueron durísimos en el frente de la Sierra de Madrid. A las inclemencias del tiempo se suma la dura ofensiva del ejército rebelde, mejor equipado y organizado. Sólo la voluntad y la convicción permiten soportar las penalidades diarias de la trinchera. Luis Cernuda, por ejemplo, por razones que desconocemos, apenas estuvo dos semanas en el Batallón Alpino. El desánimo se generaliza y Miguel en sus textos de combate en prosa exalta el heroísmo de los resistentes y denuncia con dureza el escapismo de quienes buscan la comodidad de la retaguardia, con frases que muchos interpretan dirigidas a sus amigos de la Alianza, que juegan a disfrazarse con las vestimentas de los Heredia-Spínola —según relato de Rafael Alberti en *La arboleda perdida*—, y a organizar bailes mientras los madrileños sencillos ofrecen su vida en defensa de la libertad de la ciudad.

Parece inevitable que al oriolano, comisario político de un ejército de voluntarios tan jóvenes y desprendidos como él, le repugnase la capacidad acomodaticia de quienes en su opinión buscaban privilegios y se separaban del pueblo. Él también dormía en la Alianza. Pero era bien distinto tener la sede de operaciones en el palacio de la calle del Marqués del Duero número 7 y salir esporádicamente a levantar la moral de los soldados con intervenciones en la radio o ante la prensa extranjera, que tener el cuartel general en el frente de batalla y vivir la vida de trincheras en primera persona y bajar a Madrid a dormir y a ver si su novia le había escrito. La perspectiva era completamente opuesta. Hernández era un poeta del pueblo que compartía con el pueblo la defensa de sus conquistas republicanas frente a un ejército que quería a toda costa abolirlas, como afirma en el famoso final del que parece su primer poema de guerra, «Sentado sobre los muertos»:

Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago es la muerte.⁹

⁹ Miguel Hernández, *Obra completa. I Poesía*, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pág. 557.

Ese papel y su diferencia con el que desarrollaban los intelectuales de la Alianza fueron muy bien percibidos desde el principio. Ferris recoge testimonios directos de compañeros suyos que destacan cómo se sentía la cercanía de Miguel y se recibía el mensaje de invocación a la resistencia que transmitía, y cómo era la credibilidad de quien compartía las penalidades del día a día la que hacía eficaz la arenga. Mientras que también se percibía la distancia de quienes visitaban a las tropas desde la suficiencia de su posición intelectual. Destacaré algunos testimonios que me parecen especialmente significativos por su dispar procedencia. El de Bonifacio Méndez, compañero de armas de Miguel en la sierra de Madrid:

Miguel es mucho más que un poeta [...] Lo fundamental de los escritos de Miguel era que levantaban la moral de los combatientes [...] Levantaba la moral, ayudaba a mantener la disciplina. Miguel era un luchador [...] Sabía por qué luchaba y lo hacía con toda su alma [...] Ninguno de los poetas de la época tenía nada que ver con Miguel Hernández. Casi todos procedían de la clase burguesa, tenían medios, estaban adulados.¹⁰

Antonio Aparicio, que pasó con él casi toda la guerra, afirmará años después:

Nunca pensó él que su condición de poeta le liberaba de las obligaciones y deberes de los demás, y es más que probable que en su fuero interno considerara esas obligaciones y deberes más como derecho que como carga, derecho a participar como todos en las abundantes penalidades y en las muy escasas satisfacciones de la lucha.¹¹

Al conocer su muerte, Octavio Paz definió su identidad con mucha precisión: «se veía que era más prójimo de los potros serios y de los novillos melancólicos que de atormentados intelectuales, compañeros suyos; llevaba la cabeza casi rapada y usaba pantalones de pana y alpargatas: parecía un soldado o un campesino (había sido lo segundo y era lo primero)». ¹² Y Juan Ramón Jiménez, siempre tan cáustico, en una conferencia pronunciada en Puerto Rico el 15 de marzo de 1954 con ocasión de la Fiesta de la Lengua Española, explicó:

La guerra internacional peleada en España entre 1936 y 1939 acreció la expresión del romance y pudo haber sido una gran ocasión de revivir el *Romancero*, pero

¹⁰ *Ibid.*, pág. 353.

¹¹ Antonio Aparicio, «El rayo que no cesa», pág. 121.

¹² Octavio Paz, «Recoged esa voz...», *Letras de México*, III, 15 de noviembre de 1942, pág. 3.

los poetas no tenían convencimiento de lo que decían. Eran señoritos, imitadores de guerrilleros, y paseaban sus rifles y sus pistolas de juguete por Madrid, vestidos con monos azules muy planchados. El único poeta joven entonces, que peleó y escribió en el campo y en la cárcel fue Miguel Hernández, pero su resabio escolástico juvenil de los frailes de Orihuela lo impregnaron de un didactismo que duró toda su vida.¹³

Ciertamente podríamos preguntarnos cómo pudo ver Juan Ramón la vestimenta de los poetas republicanos en el Madrid de la guerra, si él salió muy pronto al exilio en Norteamérica. Pero quedémonos con su excepción para Miguel Hernández. Por último, un testigo directo de lo que ocurrió, pues pasó los tres años en la capital muy al tanto de los acontecimientos, fue Carlos Morla Lynch, encargado de negocios de la Embajada de Chile en Madrid, simpatizante de la República, que tuvo mucho protagonismo por su política de asilo a quienes se sentían en grave riesgo. Su diario de ese periodo, inédito hasta hace pocos años, ofrece percepciones muy significativas de ciertas actitudes de los poetas de la Alianza que corroborarían la reacción de Miguel Hernández. Hacia el 23 de septiembre de 1936, mientras Miguel Hernández se alista en el 5º Regimiento, Morla anota:

En casa, Bebé cuenta su visita con Neruda y Delia a la «Alianza Intelectual», establecida en la casa incautada de los marqueses de Heredia-Spínola. Allí están los Alberti, en departamentos espléndidos. María Teresa tronando. Cotapos —que en el fondo es un humorista— le ha mostrado a Bebé, sin falso pudor, su habitación. Es la habitación de la marquesa. Duerme en una cama llena de cortinajes y pieles de armiño. Este es el comunismo. Los moradores tenían, sin embargo, caras largas ante el temor de que todo aquello durara poco.¹⁴

La clave de la diferencia tal vez esté en cómo se concebían a sí mismos y su condición de poetas. Hernández lo deja claro en la bellísima dedicatoria de *Viento del pueblo* a Vicente Aleixandre:

Hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres [...] cada poeta que muere deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a

¹³ La conferencia fue publicada en la revista *La Torre*, núm. 26, abril-junio de 1959. Cito por su edición en Juan Ramón Jiménez, *Prosas críticas*, selección y prólogo de Pilar Gómez Bedate, Madrid, Taurus, 1981, pág. 284.

¹⁴ Carlos Morla Lynch, *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano*. Prólogo de Andrés Trapiello, Sevilla, Renacimiento, 2008.

nuestro corazón esparcido. Ante la sombra de dos poetas nos levantamos otros dos, y ante la nuestra se levantarán otros dos de mañana [...] Nuestro destino es parar en las manos del pueblo [...] Los poetas somos vientos del pueblo: nacemos para ser sopladados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas [...] El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo.¹⁵

Concepción de la función del poeta que comparte con la romántica de Cernuda la convicción de que hay una utilidad trascendente en la escritura poética, más allá del sujeto mismo. En el caso de Cernuda la del vate que transmite en sus versos un saber misterioso del que es instrumento, inconsciente máscara. En el de Hernández el mandato del pueblo que desea ver en el poeta la singularización de su espíritu colectivo. En ambos casos, desde luego, sobre todo en el de Miguel, la distancia con el individualismo elitista de la concepción burguesa de la autoría poética es evidente. Y en su dedicatoria es igualmente palmaria la conciencia de clase. No es que Hernández se identifique con el pueblo: es del pueblo, él es pueblo mismo. Pertenece a los que siempre han sufrido la opresión de los poderosos, a aquellos para los que el hambre y la miseria eran entonces realidad cotidiana, como para la familia de Josefina. En palabras de Agustín Sánchez Vidal: «El compartir día a día la suerte de los desheredados fue lo que determinó, más que cualquier ideología, su toma de postura política, no por instintiva menos clara y consciente».¹⁶

La lucha del pueblo en defensa de la esperanza que suponía la República para la dignificación de los oprimidos era la lucha del propio Miguel. Él no pertenecía al círculo de poetas con el que compartió tertulias y proyectos en el Madrid republicano. De una u otra manera todos eran hijos de la burguesía intelectual o terrateniente. No otra cosa explica las reticencias de García Lorca hacia su figura y a su compañía.¹⁷ Ambos procedían de un ambiente campesino, pero de estratos muy diferentes. Y esas diferencias no podían dejar de aflorar en una situación límite como fue la guerra de 1936. El propio Rafael Alberti reconocería décadas después:

Miguel Hernández fue el mejor y más auténtico poeta de la guerra [...] con su *Viento del pueblo*, un aplastante alud de cosas épicas y líricas, versos de encontronazo y empujón, de dentellada y gritos suplicantes, rabia, llanto, delicadeza.¹⁸

¹⁵ Miguel Hernández, *Obra completa*. I Poesía, pág. 550.

¹⁶ Agustín Sánchez Vidal, «Introducción», Miguel Hernández, *Obra completa*. I Poesía, pág. 71.

¹⁷ José Luis Ferris, *Miguel Hernández: Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, págs. 325-327.

¹⁸ Rafael Alberti, *La arboleda perdida*. Ed. de Robert Marrast, Barcelona, Seix Barral, 2009, pág. 354.

En esos días, concebida como un arma defensiva, la suya es una poesía de urgencia, sobre el terreno, que no admite dilaciones ni mucha corrección. Antonio Aparicio nos ha dejado un testimonio excelente del poeta soldado en acción:

Un día, la aviación alemana arrojó sus bombas sobre Alcalá de Henares con mayor furia que de ordinario, atacando la ciudad indefensa a plena luz de la mañana clara de diciembre. Corrió la sangre de muchos y Miguel tuvo una vez más ante los ojos el cuadro de aquellas hileras de cuerpos destrozados y sangrantes, que fueron, en nuestras ciudades republicanas, espectáculo casi diario. Era el día soleado y después del bombardeo nos alejamos los dos hacia la orilla del río. Miguel, como siempre, llevaba consigo una carpetilla de escolar con papel de escribir y también aquel lápiz, perpetuamente chico como un dedal, que solía servirle para su labor de escritor. La pluma fuente, no hay que decir que nunca entró a formar parte de sus accesorios de trabajo; el lápiz, era, al fin y al cabo, casi un producto de la tierra, madera y mineral, y por lo tanto, grato a su mano de pastor. Ya por la orilla del río, echóse Miguel al suelo y escribió unas redondillas —metro que siempre le cautivó— sobre el bombardeo de una hora antes, de las que sólo recuerdo que tenían una rima en —uto, con luto y minuto. Aquella misma noche las recitó en un acto que se celebraba en el teatro de Alcalá y, como siempre que decía sus versos ante los milicianos o soldados de la República, la voz del poeta fue apagada por los ruidosos aplausos de aquellos hombres que veían ante sí, tal vez por vez primera desde los tiempos del sevillano Lope de Rueda, a un poeta de trabajadas manos que no sólo hablaba para ellos sino que vivía, luchaba y escribía unido a ellos por unas mismas raíces.¹⁹

A finales de febrero de 1937 Miguel Hernández es trasladado al frente de Andalucía junto Vittorio Vidali —*Comandante Carlos*—, delegado de la III Internacional en el bando republicano y, como tal, enviado directo de Stalin para velar por la estrategia de la URSS en la guerra de España, con quien ya trabajaba desde el inicio de la guerra. La cercanía directa a Vidali demuestra la importancia que se confiere a la labor de propaganda que Miguel viene desarrollando. Sus poemas y sus artículos periodísticos en el periódico *Frente Sur* se conciben como auténticas armas de combate en la lucha ideológica que tiene en la propaganda uno de sus ámbitos más eficaces. Para reafirmación de las propias convicciones o para inducir a la desertión en el bando enemigo, los poemas de Hernández se vocean en las trincheras o se reparten en octavillas. *Carlos* explicaría algunas de las actividades de Miguel: «Lo llevé a Jaén, donde formamos el Frente Sur, que era también un orga-

¹⁹ Antonio Aparicio, «El rayo que no cesa», págs. 122-123.

nismo de intelectuales encargados de la propaganda en campo enemigo. Y después vino conmigo a Castro del Río a organizar [para] los guerrilleros que trabajaban en el campo enemigo».²⁰

Se trata esta de una época de mayor tranquilidad, pues el frente andaluz no sufría la virulencia del madrileño, aunque participa en hechos de guerra como la toma del Santuario de Santa María de la Cabeza en Andújar, y en combates en Castuera, ya en Extremadura. Al fin consigue celebrar la anhelada boda con Josefina, el 9 de marzo en el Juzgado de Orihuela, a la que sigue una feliz luna de miel en Jaén, fructífera también en lo literario, pues escribe algunos de los poemas más significativos del libro *Viento del pueblo*, como «Aceituneros», «Jornaleros» o «Campesino de España», y las únicas cuatro piezas de teatro que se representarían en vida del autor: *La cola*, *El hombrecito*, *El refugiado* y *Los sentados*. Pero la felicidad dura poco, pues el 22 de abril muere la madre de Josefina y ella habría de quedarse en Cox al cuidado de la familia. Si bien el dolor de la separación queda mitigado por la mejor noticia que cabría desear el poeta: el anuncio de que espera un hijo.

Su poema «Canción del esposo soldado» es seguramente el más entusiasta de *Viento del pueblo* y de toda su producción durante la guerra. El inicio proclama la satisfacción de haber cumplido la ancestral encomienda de traspasar a una nueva generación la herencia de los antepasados, que Miguel se tomaba muy en serio, como hombre bien pagado a la tierra y sus ritos:

He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.²¹

El hijo por nacer se convierte en la razón no sólo personal, individual, sino en símbolo de la razón colectiva de la lucha: la necesidad de ganar el futuro en libertad:

Para el hijo será la paz que estoy forjando (v. 41)

Pero ni la alegría inmensa de la esperanza del hijo le permite olvidar la cruel realidad del presente, ni su verso pierde la resonancia propagandística:

²⁰ Agustín Sánchez Vidal, «Introducción», pág. 222.

²¹ Miguel Hernández, *Obra completa. I, poesía*, pág. 601.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
 envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
 y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
 sin colmillos ni garras. (vs. 29-32).

Ni se olvida la cruel ley de la guerra en el terrible verso que sigue:

Es preciso matar para seguir viviendo (v. 33).

Posiblemente sea *Viento del pueblo* el poemario más conocido de Miguel Hernández. Escritos para hacerse populares, sus textos se leyeron, recitaron o cantaron durante la guerra, y algunos se convirtieron luego en verdaderos himnos de la resistencia antifranquista. El libro, que se publica en Valencia en septiembre de 1937 reúne el resultado de su esfuerzo de un año por dar cuenta poética del significado más profundo de la experiencia bélica, reforzada por fotografías realizadas por Tina Modotti —*camarada María Ruiz*—, compañera de Vittorio Vidali, de clara iconografía soviética. Semejantes a las que ilustraron la primera edición de *España en el corazón* de Pablo Neruda.²² En *Viento del pueblo* hallamos poemas elegíacos en honor a víctimas muy próximas a Hernández, como la «Elegía primera», dedicada a Federico García Lorca, «Elegía segunda», a Pablo de la Torriente, y la anónima «Al soldado internacional caído en España». Otros exaltan el valor personal demostrado en el campo de batalla («Rosario, dinamitera») o en la acción política («Pasionaria»), y de la misma época, aunque no se incluyeron en el libro, «El Campesino» y «Digno de ser comandante».

Los más abundantes son poemas invocatorios en los que se llama a la resistencia, procurando despertar el sentimiento más noble de rechazo de la injusticia o apelando a la valentía del pueblo («Sentado sobre los muertos», «Vientos del pueblo me llevan», «Nuestra juventud no muere», «Llamo a la juventud», «Recoged esta voz», «Jornaleros», «Aceitunero», «Visión de Sevilla»), y si este tipo de textos abunda tanto es por su necesidad, dado el progresivo pesimismo y cierta apatía que fueron creciendo conforme se apreciaba que el bando rebelde avanzaba en sus posiciones, merced a un armamento más eficaz y a una organización de los que adolecía la República. Pretenden también contagiar optimismo poemas como «Juramento de la alegría», «Primero de Mayo de 1937», y reforzar convicciones ideológicas «El incendio», sobre el avance del comunismo. No faltan

²² Véase el capítulo «El 27 y la fotografía» en este mismo volumen.

textos imprecatorios al enemigo («Los cobardes», «Ceniciento Mussolini»), ni poemas que denuncian la injusticia de la opresión a los más débiles, como «El niño yuntero» o «Campesino de España», que pretende la deserción en las filas enemigas de las gentes del pueblo. En general el tono es exhortatorio, y bastante optimista en la victoria final, aunque no deje de describir la matanza en que se ha convertido la vida cotidiana en España. Un examen minucioso revelaría que los términos más abundantes del léxico son los relacionados con *huesos, sangre y muerte*. Era lo que cotidianamente veía el poeta, a quien parecía guiar una pulsión obsesiva por estar en primera línea, que le llevó a los cuatro frentes de la guerra: Madrid, Andalucía, Extremadura y finalmente Aragón, al que se incorporó en diciembre de 1937.

Antes, a mediados de 1937, se producen dos acontecimientos de gran relevancia en la vida de Miguel Hernández: en julio el II Congreso Internacional de Intelectuales en Defensa de la Cultura, celebrado en Valencia, en cuya ponencia colectiva participa. Allí se reencuentra con su gran amigo Pablo Neruda, conoce a algunos de los escritores más relevantes del momento, como Julien Brenda, André Malraux, Ilya Ehrenburg, Nicolás Guillén, César Vallejo, Vicente Huidobro, Alejo Carpentier, Stephen Spender, Juan Marinello, Langston Hughes, etc., y a algunos muy jóvenes entonces que alcanzarían luego importancia extraordinaria, como Octavio Paz, que vino acompañado de su reciente esposa Elena Garro. Esta nos dejaría años después un testimonio sintomático de la enemistad que se fraguaba entre el joven oriolano y algunos de sus compañeros:

Recordé, como lo hago ahora, sus furias contra algún personaje y sus gritos: «No me hables de ese cabrón» [...] Recordé a los envidiosos que decían: «¿Miguel? Anda disfrazado de pastor y se creyó el cuento de que fue pastorcillo...». Frases que a mí me dejaban atontada, pues todavía ignoraba la envidia de los mediocres a los que sacaba de quicio que un chico tan joven fuera tan gran latinista, tan gran poeta y tan guapo.²³

El segundo acontecimiento a que me refiero es el viaje a la URSS como invitado al V Festival de Teatro Soviético, oportunidad excelente para un miembro del Partido Comunista de observar los grandes avances conseguidos en la lucha del proletariado. El viaje en sí mismo tenía el gran atractivo de viajar en aeroplano entre París y Estocolmo, sistema de transporte muy inusual en la época. De la

²³ Ramón Pérez Álvarez, «Elena Garro-Miguel Hernández. Una emotiva amistad», *La Lucerna*, Orihuela, 35, abril-mayo, 1995, pág. 29.

experiencia nacería el poema «El vuelo de los hombres», donde a un inicio de optimismo mecanicista propio de los años veinte («Sobre la piel del cielo, sobre sus precipicios, / se remontan los hombres. ¿Quién ha impulsado el vuelo? / Sonoros, derramados en aéreos ejercicios, / raptan la piel del cielo»),²⁴ sucede la exaltación del valor de la aviación en la guerra («En vuestra mano está la libertad del ala, / la libertad del mundo, soldados voladores; / y arrancaréis del cielo la codiciosa y mala / hierba de otros motores.»).²⁵ Durante todo el mes de septiembre viajó por distintas ciudades, Moscú, Leningrado, Kiev; le mostraron escuelas y fábricas; asistió a las sesiones del congreso, y no dejó de tener reuniones con cuadros del partido, entrevistas, conferencias, en una actividad frenética de la que se queja en cartas a su esposa. Vuelve a España el 10 de octubre, tras pasar unos días en París, donde vuelve a ver a Octavio Paz, León Felipe, etc. Vuelve con poemas como «Rusia» donde no se escatiman elogios al Estado soviético y a su máximo dirigente, Joseph Stalin, único valedor a esas alturas de la República Española, en cuya ayuda confía como sola esperanza de futuro:

Ah, compañero Stalin: de un pueblo de mendigos
has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente,
y la cárcel ahuyentan, y prodigan los trigos,
como a un esfuerzo inmenso le cabe: inmensamente.

[...]

Aquí está Rusia entera vestida de soldado,
protegiendo a los niños que anhela la trilita
de Italia y Alemania...

[...]

Rusia y España, unidas como fuerzas hermanas,
fuerza será que cierre las fauces de la guerra.
Y sólo se verá tractores y manzanas,
panes y juventud sobre la tierra.²⁶

«La fábrica-ciudad» es la exaltación poética de Jarkov, una ciudad ucraniana dedicada enteramente a la fabricación de tractores para el impulso de la agricultura soviética. Se trata de poemas en extremo laudatorios, que desmienten cualquier tipo de reticencia ante la ortodoxia estalinista que dominaba el Partido Comu-

²⁴ Poema incluido en *El hombre acecha, Obra completa. I, Poesía*, pág. 661.

²⁵ *Ibid.*, pág. 662.

²⁶ *Ibid.*, págs. 651-653.